

Marzo 1927

7

(Traducción)

Varios Artículos de la
Revista

"The American Missionary"

UN EXPERIMENTO EN BUENA VOLUNTAD.

Las Iglesias de los Estados Unidos tienen una obligación para con sus vecinos los mexicanos. Esta obligación se divide en tres partes: la primera consiste en dar a los mexicanos lo mejor que tengamos; la segunda en portarnos de una manera decente con los mexicanos que viven dentro de nuestras fronteras; y la tercera en contribuir a la creación de una política nacional, justa y equitativa, para la República mexicana. La obra intensa y provechosa que están llevando a cabo las diversas Juntas misioneras en el extranjero, así como nuestra propia Junta Americana, llena el objeto de la primera parte. La segunda corresponde a la Asociación de Misiones Americanas y organizaciones por el estilo; y la tercera asume nueva importancia en vista de las tirantes relaciones que existen entre los dos Gobiernos.

El Departamento de Relaciones Sociales de la Sociedad de Educación Congregacional está apoyando un movimiento que será de una importancia única en el establecimiento de buenas relaciones entre los dos países. Se ha organizado, bajo la dirección del señor Hubert C. Herring, la "Conferencia sobre Relaciones con México", que promete un resultado muy halagador.

La teoría de la "Conferencia" es ésta: No conocemos a México; nos dividen barreras más hondas de nuestro vecino más cercano que los simples límites geográficos; hay diferencias de razas, de cultura, de religión. Jamás estaremos en paz con México hasta que contemos con una gran colección de informes fidedignos en los Estados Unidos respecto al pueblo desconocido que vive al sur de nuestra Patria. Por lo tanto, vayamos a México, hablemos con sus habitantes, sepamos sus problemas, su historia, sus sueños, y volvamos trayendo las impresiones de lo que hemos visto y oído, para tratar de ser los intérpretes entre uno y

otro pueblo.

La "Conferencia" se organizó con esta mira. Se han celebrado ya dos sesiones en México: a la primera, que tuvo lugar en 1926, asistieron veintidós personas, y a la segunda, en 1927, treinta y ocho. Entre los participantes se cuentan ministros protestantes, rabinos judíos, abogados, editores, escritores, catedráticos, representantes de organizaciones femeninas y comerciantes.

El programa de estas personas abarca una estancia de diez días en la Ciudad de México, durante la cual se celebran numerosas entrevistas con los jefes del Gobierno del país, hombres de negocios mexicanos y extranjeros, altos personajes protestantes y católicos, maestros y personas que representan la cultura, la educación, la política, las finanzas y la religión en la vida nacional.

El objeto principal de la "Conferencia" ha sido obtener una impresión sensata e imparcial del modo de vivir en México. No se supone que los miembros de los grupos vuelvan como expertos, ni tampoco se trata de que informen con señas de autoridad. Ha sido un gesto de buena voluntad y una tentativa para penetrar inteligentemente en el espíritu y las esperanzas de otro pueblo.

Difícilmente pueden dejar de estimarse los resultados de gran alcance de este experimento. Los miembros de estas "Conferencias" se hallan distribuidos desde Boston hasta San Diego: predicán a millares de gentes, dando conferencias en los centros citadinos y rurales; editan periódicos y revistas que tienen circulación local y nacional; escriben para otras publicaciones que son leídas por millones de personas. Y todos ellos están unidos en la determinación de persuadir a los Estados Unidos de Norte América para que piensen en "términos humanos" acerca del país que está al sur.

Gran parte de nuestro entusiasmo para una buena voluntad in-

ternacional está en peligro de hallarse tan ligeramente esparcida que sea del todo ineficaz. Es muy fácil soñar con algún plan que corrija todos los males del mundo; y muy difícil aplicar los principios corrientes de honradez y equidad al problema que tenemos más a mano. Pero el problema inmediato es una prueba más sincera de nuestra honradez que nuestra obediencia a algún plan que corrigiera las cosas.

La América Latina es la que nos preocupa con mayor urgencia: Sus habitantes se encuentran más cerca de nosotros; tenemos invertido nuestro dinero allí; sus pueblos son débiles y podemos hacer con ellos lo que nos plazca; por lo tanto corresponde a nosotros decir si hemos de estar en paz o en guerra.

Esta "Conferencia", patrocinada por el Departamento de Relaciones Sociales, es un paso experimental hacia un entendimiento internacional. Es un ensayo en la educación de adultos, que observan con gran interés todos los que creen en la paz, y el cual no debe descartarse, tachándolo de pro-prottestante o anti-católico, pues no es una cosa ni otra, ni tampoco es pro-Calles o anti-Kellogg. Sencillamente es educativo en su espíritu y programa; proponiéndose dar oportunidad a un selecto grupo de prominentes norteamericanos para que vayan a México, se den cuenta de lo que allí ocurre y luego regresen a sus hogares, a sus oficinas y a sus pulpitos en los Estados Unidos y hablen claro acerca del gran problema de nuestras relaciones con el pueblo mexicano.

Si empiezan a tiempo, las Iglesias de los Estados Unidos pueden contrarrestar la influencia de los que desean que haya un conflicto. Ahora es el tiempo de obstruccionar a los que harían marchar a nuestro ejército por el suelo de un pueblo amigo, frustrando sus ilusiones y avivando odios que jamás mueren.

ESTOS MEXICANOS VECINOS NUESTROSpor
Hubert C. Herring.

Acabamos de regresar de México treinta y ocho de nosotros, y nos titulamos "La Conferencia Sobre Relaciones con México." Entre nosotros hay gentes de diversas clases y tipos: editores, como Croly, de "The New Republic", Hutchinson, de "The Christian Century," Landis, de "Rural America," y Landman, del "American Hebrew", ministros protestantes y rabinos judíos, escritores y catedráticos, abogados y hombres de negocios.

Fuimos porque teníamos fe en las relaciones amistosas entre los Estados Unidos y México y porque deseabamos conocer mejor a los mexicanos. No hicimos el viaje con la idea de transformarnos en expertos en materia de leyes petroleras o controversias religiosas, sino porque esperabamos poder presentar a México en los Estados Unidos, después de conocer a algunos mexicanos y oír de sus labios la narración de las luchas por las que están pasando para establecer un gobierno firme y honrado en ese país tan desesperadamente desdichado.

Es difícil que se entiendan el anglo sajón y el latino americano, pues hay muchos principios fundamentales que impiden hacerlo.

Existe la cuestión de raza: El mexicano es un indio con una ligera capa de cultura y habla española; y el anglo sajón es un positivista, dado a controversias legales, puntual y sereno. El latino americano es místico, artista, indiferente a lo teórico y a lo legal, despreocupado e impulsivo.

Existe la cuestión de idioma: Una diferencia en el lenguaje es siempre una barrera para un buen entendimiento.

Existe la cuestión de historia: Durante cuatrocientos años México ha sido abofeteado y maltratado; ha sufrido a manos de España,

Francia y los Estados Unidos. De ahí que sospeche de "los griegos que llegan portando obsequios".

Estos son unos cuantos de los obstáculos que se le presentan a un extraño para adquirir un conocimiento exacto e imparcial de lo que verdaderamente sucede en la República Mexicana.

Muchos norteamericanos van a México por motivos comerciales solamente, y no ven nada atractivo en los pueblos algo desaseados; consideran a todos los mexicanos harapientos como "peones", sin ir más allá; no les agradan los platillos ni las diversiones mexicanas, y no aprecian el arte ni la música de México; no han leído la historia del país, e insisten en juzgar lo que pasa en México de acuerdo con el criterio anglo sajón. Llevan su propia vara de medir en relación con las leyes, la moral, las prácticas de negocios, el arte, la educación y la cultura; e insisten en usar tal vara para medir todo lo que hay en México. Puede ser una vara de medir muy buena y enteramente de acuerdo con los principios norteamericanos, pero con eso no se remedia nada, pues no es la manera de entender o apreciar cómo siente y piensa otra gente.

Nadie puede comprender a México sino entiende la historia que respalda sus actos. Si México parece un poco sensitivo, algo irascible, es bueno recordar sus cuatrocientos años de tiranía.

Nadie puede entender la situación de la Iglesia actualmente sino hace memoria de la alianza entre ésta y la conquista. Cuando Cortés desembarcó en 1519, fue recibido con toda la cortesía como si se tratara de un monarca; le llovieron ofrendas y se le aclamó como redentor; y él devolvió esta cortesía saqueando los templos. Su bandera fue la de Carlos V, la que estaba blasonada con una cruz, y bajo la cruz estas palabras: "¡Seguimos la cruz, y si tenemos fe, conquistaremos!" Durante trescientos años el pueblo mexicano sufrió el yugo

de España y aprendió a asociar la cruz con la tiranía, y a considerar a la Iglesia como el aliado invariable de los explotadores.

No estoy ofreciendo un alegato en favor del Gobierno de México, en su lucha con la Iglesia; me limito simplemente a indicar que el presente sentimiento en contra de ésta tiene sus raíces históricas.

Nadie puede comprender el actual estado de ánimo de México sino toma en cuenta benévolamente la relación de los ciento dieciséis años de guerra por la libertad.

En 1810, Hidalgo, un harapiento sacerdote, seguido de una abigarrada multitud de peones, armados con fusiles de chispa y horquillas de labranza, dió principio a la lucha que independizó a México de España. Hidalgo fue excomunicado y por fin pasado por las armas. Su obra la continuó Morelos, otro sacerdote que también pagó con su vida su valor. Triunfó la revolución y México quedó libre; pero la libertad resultó cara, viniendo después una sucesión de déspotas, tanto nativos como extranjeros: Iturbide, contra revolucionario orgulloso y frenético; Santa Ana, soldado de fortuna y traidor; Maximiliano de Hapsburg, maniquí impuesto por el oro francés; Díaz, el poderoso Díaz, que dió a México la estabilidad de un Mussolini, haciendo felices a unos cuantos extranjeros que hicieron inversiones y a unos cuantos mexicanos que eran sus favoritos, pero haciendo terriblemente desdichados a todos los demás. México tuvo solamente un gran hombre en el siglo diecinueve, un indio de pura sangre zapoteca: Benito Juárez, tan querido en México como Abraham Lincoln en nuestro país. Juárez tuvo una ilusión de su pueblo: la ilusión de una nueva raza india, de un nuevo orgullo racial, una nueva esperanza nacional. Se proponía devolver la tierra a los que no la tuvieran, poner una sujeción al poder de la Iglesia, y educar a los pobres del país. Fue responsable por la Constitución de 1857, la Carta Magna de México; pero existían muchas fuerzas en contra suya. Los clericales invitaron a los franceses para que enviaran a Maximiliano como

emperador de México. La combinación fue demasiado fuerte y las reformas de Juárez se vieron condenadas a languidecer durante sesenta años.

Yo sugeriría dos cosas:

Primero, no se trate de comprender a México sin haber leído antes su historia.

Segundo, no se trate de comprender ninguna disposición del actual programa mexicano sin tomar en consideración la totalidad de dicho programa.

México tiene un programa. No está cometiendo atropellos y despojos sin pensamiento y sin plan. El programa de México tiene fines bien pensados y un procedimiento al que se le ha dado la debida consideración.

México está trabajando por la libertad económica y espiritual de su pueblo, lo que en el fondo es una cruzada. México está renaciendo en su determinación de obtener un lugar de dignidad y respeto entre las naciones del mundo. Su programa comprende seis propósitos principales:

Primero: México está decidido a contar con un Gobierno ordenado, eficiente y honrado.

Hay malversaciones en México y siempre las ha habido, ¿pero quiénes somos nosotros para juzgar? Désele tiempo a México y México remediará sus males.

El Presidente Calles, de una manera experta y enérgica, está eliminando a los que se roban los dineros del pueblo. Lleva las riendas del Gobierno bien tirantes, está reduciendo los gastos inútiles y dando a México la administración más eficaz que hasta hoy ha tenido.

Segundo: México requiere educación. Su orgullo principal está en sus escuelas. No importa con quien se hable, ya sea el Presidente Calles, el Ministro de Agricultura o el de Educación, se verá el gran entusiasmo que existe por las escuelas de México. Se está estableciendo a razón de mil escuelas rurales por año, y se están construyendo escue-

las normales y escuelas-granjas. Los funcionarios mencionados se hallan decididos a disminuir el analfabetismo aterrador que existe actualmente. Si yo fuera a escoger la base más importante para tener esperanza en México, señalaría este nuevo celo por la educación. Hay esperanza para un pueblo cuando éste empieza a asistir a la escuela. En México van a la escuela tanto los adultos como los niños.

Tercero: México intenta devolver a su pueblo las tierras enajenadas. Es en este punto donde México se halla en discrepancia con las opiniones del mundo. ¿Cuáles son los hechos?

La revolución empezó en 1910 y tuvo como base un anhelo de tierras. La mayoría de éstas, incluyendo prácticamente casi todas las más productivas, se encontraban en manos de los hacendados, que las poseían por cientos de miles de acres, y en algunos casos por algunos millones de acres. Los trabajadores de estas haciendas eran sumamente pobres, trabajaban de "sol a sol" por un jornal tan miserable que hacía que estuvieran perpetuamente endeudados, pues no sólo cargaban con sus propias deudas, sino con las que heredaban de sus padres. Estos peones formaban la gran mayoría del pueblo mexicano; no contaban con poder ni con tierras, y se hallaban sin protección legal y sin esperanza.

El grito de combate de la revolución fue: "Tierra y Libertad". La tierra era la única libertad que podía entender el peón - la libertad de poseer y trabajar su pedazo en paz; era la libertad de que se le había privado a él y a sus padres.

Otra vez, en este punto, debemos tomar consejo de la historia. Por siglos antes de que el primer hombre blanco pusiera su planta sobre suelo mexicano, los indios de México eran dueños en comunidad de la tierra. Vivían en pueblos y cada pueblo contaba con sus propias tierras, a las que se llamaban "ejidos", los cuales eran inalienables, según la ley indígena. No se podían poner en duda los títulos, ni tam-

poco podían enagenarse por ninguna deuda; debían pasarse de generación a generación, invioladas.

Díaz cambió todo esto. Atropelló las leyes de México y permitió que pasaran a otras manos estas tierras comunales. Las repartió a manos llenas, creando nuevas haciendas y aumentando las que ya eran importantes. Como resultado, durante el régimen de Díaz había tres millones nuevos de peones.

En 1910, no menos de doce millones, de los quince millones de habitantes con que contaba México, eran esclavos de las tierras de sus amos.

La revolución cambiaría esto. De ahí el programa agrario que está llevando a cabo México.

Existen dos faces del argumento que se comprenden perfectamente: la del peón que no posee tierras, y la del propietario que teniendo en su posesión un documento válido, considera cualquiera confiscación de los terrenos como un acto de violencia y de injusticia.

El Gobierno ofrece pagar por las tierras.

"¿Pero con qué?", replica el propietario.

"Con bonos mexicanos," contesta el Gobierno.

"Pero vuestros bonos no son buenos," es la respuesta. "Se están viniendo a razón de veinticinco centavos por dólar y bajo estas condiciones no queremos ningunos bonos."

Esto es perfectamente claro y enteramente humano, ¿pero qué va a hacer México? El Gobierno mexicano replica: "Vivís en México y debéis aceptar nuestras leyes."

Llegando a este punto, si el propietario es norteamericano ocurre al Embajador de su país y presenta su protesta. El Embajador envía una nota a Washington, y Washington escribe una nota al señor Calles. De modo que el asunto está en el tapete y todos se excitan.

Cuarto: El Gobierno mexicano está decidido a proteger los intereses de México en las riquezas naturales del país. Esto se refiere a muchas cosas, pero principalmente al petróleo.

Aquí debemos referirnos a la historia, de nuevo. De acuerdo con la ley indígena y la española, la riqueza del subsuelo pertenece a la nación. Díaz no tuvo derecho para regalarla, y las reclamaciones de las compañías petroleras no son válidas, según la Constitución de México. Sin embargo, México haciendo a un lado este argumento, sugiere que se haga una transacción, y propone que se conceda a todas las compañías permiso para explotar las propiedades aceítíferas durante cincuenta años, pasados los cuales los derechos pasarán al Estado. Este es el punto de ataque en la época actual.

Tenemos de vuelta dos puntos de vista enteramente claros: Los propietarios vacilan en entregar sus propiedades, y el Gobierno de México se encuentra decidido a proteger los derechos de la nación.

La cuestión petrolera de México es más que una cuestión legal. Es la cuestión de los derechos de un país soberano para determinar sus propios derechos de propiedad y para manejar sus asuntos como crea conveniente.

Quinto: El Gobierno de México está resuelto a contrarrestar el poder de la Iglesia. Cualquiera discusión adecuada de esta cuestión traspasaría los límites de este artículo. Permítaseme indicar que, fundamentalmente, la cuestión no es de religión en lo absoluto, sino más bien un conflicto entre dos filosofías sociales que son contrarias. La Iglesia ha estado alineada con los ricos, los poderosos, los que forman la minoría insensible, y hoy paga el costo del favor de los ricos y los fuertes con el odio de los pobres y de los desheredados.

No abrigo ninguna tirria en contra de la Iglesia Romana en México. Hay muchas almas valerosas y nobles entre sus sacerdotes y seglares, que hacen frente a días amargos y que tienen quejas justas, y es-

pero que puedan encontrar la manera de llegar a un acuerdo con el Gobierno, que asegure la libertad de la religión. La Iglesia sufre por sus pecados, pues ha pecado mucho y lastimosamente en contra del espíritu de libertad y justicia en la América Latina.

Sexto: El Gobierno de México se halla decidido a libertarse de la ingerencia de otras naciones. México ha sufrido a manos del mundo; y México hace saber que en adelante está resuelto a determinar su propio destino, a cometer sus propias equivocaciones, y a proclamar sus propias leyes.

Esa es la cuestión que se presenta ante el mundo hoy, en la controversia entre Washington y México.

México insiste en que tiene el derecho de fijar las leyes de propiedad, según sus propias tradiciones y a su manera. Se propone limitar la propiedad de tierras y de petróleo, y de hacerlo en interés del pueblo de su país.

México insiste en que tiene los mismos derechos que nosotros en Nicaragua. Se siente llamado a proteger los derechos constitucionales de una nación débil, aún en contra de la opinión de Washington.

Washington replica con la acusación de bolchevismo y conspiración, de confiscación y robo. Y ahí descansa el asunto.

La cuestión no es sencilla, pues se encuentra envuelta en todos los odios y sospechas heredados y adquiridos durante cien años.

Permítaseme recapitular.

México, por la primera vez en su historia, cuenta con un Gobierno firme, hábil y honrado, un Gobierno que representa las esperanzas y las ilusiones de los millones grandemente sumergidos de la población. Este Gobierno se porta inteligentemente y con dignidad, y hay razón para creer que puede asegurar la estabilidad y la seguridad de la nación, siempre que no se intervenga para variar su programa. Y

ahora nos toca entrar a escena. En nuestras manos está "hacer" a México o arruinarlo; esto último lo podemos llevar a cabo retirando nuestro reconocimiento y levantando el embargo de armas, y también enviando un ejército, o cañoneros a sus puertos.

La apelación debe hacerse a nuestra caballerosidad. Este pueblo ha sido vilipendiado y acusado ya bastante, y es tiempo de que pongamos un alto a todo este espantoso asunto. Ya es hora de que demos a México una oportunidad para respirar.

Los Estados Unidos no desean guerra con México y esta es la ocasión de detener a los que abogan por ella. Escriban a sus diputados y senadores. Escriban al señor Presidente, diciéndole que apoyamos todos sus esfuerzos para establecer relaciones amistosas con nuestros vecinos del sur.

Nota: Los que critican las leyes agriaras de México deberían tener presente que el Estado de Nueva York declara como propiedad del mismo toda mina de plata u oro que se descubre dentro de sus límites, así como cualquier mina descubierta por un extranjero, quien tiene que pagar una regalía sobre la producción total.

EN NUESTRA TURBULENTA FRONTERApor
George L. Cady.

!Cuán inquieta es y ha sido casi siempre la frontera! Allí está señalada en parte por el turbio y variable Río Bravo, y luego por cientos de millas, donde el viajero incauto no sabe si se halla en México o en los Estados Unidos. !Qué pasiones se han desarrollado allí! !Qué tránsito de soldados y filibusteros, de vaqueros y mineros, y qué intercambio de epítetos: "!Mantecoso!" - "!Gringo!" !Cuántas sospechas y cuántos odios! Pero, después de todo, la historia nos cuenta que cuando estamos en alguno de los dos lados, nos hallamos en tierra originalmente mexicana, y la gran masa de mexicanos que son ahora ciudadanos de los Estados Unidos siguen levantando sus matas de chile en su suelo nativo. Y no pasa uno mucho tiempo allí antes de darse cuenta y muy marcadamente, si se siguen haciendo confusiones ignorantes, de que los viejos mexicanos que pertenecían al territorio "tomado" a México, (para no emplear una palabra más desagradable), se consideran seres superiores a los inmigrantes más recientes, y si no quiere uno que lo crean descortés, es necesario llamar a los primeros "hispano americanos" y a los otros "mexicanos." A la Real Orden de los Descendientes del barco "Mayflower" no les faltan competidores en orgullo ancestral. Pero nos atrevemos a enfrentarnos con la tempestad y considerar como un problema, tanto en el presente como en el pasado, nuestras relaciones con la gente de sangre indo-española, procedente de México. ¿Cuántos mexicanos hay ahora en los Estados Unidos? Algunos dicen que un millón, quinientos mil y otros que dos millones, y otros hacen llegar la cifra a tres millones. ¿Quién sabe? !No la Oficina de Inmigración! En ésta dicen que registraron cuarenta y dos mil, seiscientos treinta y ocho que entraron en 1926, y tal vez cinco veces ese número atravesó

la frontera, pues en el Valle Imperial se encontró que el setenta y siete por ciento de los mexicanos allí habían entrado "ocultamente". Es evidente que ni los mismos californianos saben esto; pues hablando con un joven, de Long Beach, que me encontré en el tren, me aseguró que había pocos mexicanos en California, excepto por el rumbo de San Diego, y que no vivían ningunos en el Valle de Pomona. Se sorprendió mucho cuando le conté que yo había pasado todo un día en dicho Valle visitando una veintena de colonias mexicanas, y que en San Bernardino visité una escuela pública, dedicada enteramente a seiscientos niños mexicanos, que, según las apariencias, eran hijos de padres y madres mexicanos que vivían por allí cerca. Y Los Angeles es la ciudad mexicana más grande del mundo, fuera de la Capital de México, pues hay 125,000 mexicanos; esto lo saben demasiado bien las autoridades, ya que el año pasado, según se dice, la Comuna gastó más de cuatrocientos mil dólares en obras de beneficencia para los mexicanos solamente.

El problema de la inmigración no es fácil. Se hacen toda clase de esfuerzos para conseguir trabajadores mexicanos. Los campos de remolacha de Colorado, los algodoneros de los Valles de Río Grande y San Joaquín, los variados productos del Valle Imperial, para no decir nada de toda la California meridional, piden a gritos trabajadores, y el mexicano no es solamente el que se encuentra más cerca, sino que en la actualidad es el más barato. Y las condiciones internas de México que han apremiado a sus nacionales a salir, junto con la expectativa de mejorar su situación económica, los atraen irresistiblemente a cruzar la frontera en aquellos puntos donde no hay para qué molestarse con oficiales de inmigración y pasaportes. Ha habido mucha discusión acerca de la conveniencia de fijar una cuota para la inmigración mexicana, pues actualmente no se ha puesto límite a ninguna nación del hemisferio occidental, pero, manifiestamente, la opinión de los que se

reunieron para estudiar el problema estuvo muy dividida, aunque todos admitieron que tal ley encontraría la oposición casi unánime de los dueños de las tierras agrícolas de este lado. Se me dijo en el Valle Imperial: "Sin mexicanos no habrá Valle Imperial." El Doctor George P. Clements, director del Departamento Agrícola de la Cámara de Comercio de Los Angeles, manifestó que: "El mexicano tendría a la California meridional en el hueco de su mano, si lo supiera." Es interesante anotar que muchos de los californianos se rascan la cabeza ahora, pensando si procedieron bien al rechazar al trabajador japonés, que se reconoce como el mejor bracero del mundo, y llenando ahora ese vacío con el mexicano que no es igual al japonés, si hemos de hablar con sinceridad. Pregunté a un oficial de inmigración en Mexicali qué se podría hacer para mejorar la situación y me salió con que si le pusiera a su disposición todo el ejército permanente de los Estados Unidos, se lograría evitar "la inmigración clandestina de licores." De todos modos, aquí tenemos a los mexicanos, ¿qué debemos hacer en el particular?

Con el fin de discutir esta cuestión se reunió un grupo de unas ciento cincuenta personas, mitad norteamericanas y mitad mexicanas, en la ciudad de El Paso, desde donde podíamos distinguir a Juárez, en el otro lado, y ver las orgullosas palabras: "Jimmie O'Brien's Bar" (Cantina de Santiaguito O'Brien), que se destacaban sobre la ladera mexicana, formadas con letras de unos cincuenta pies de largo. Y allí estaban, sin que uno pudiera evitar mirarlas, recordándonos el exilio vergonzoso de este representante de "la libertad personal", anunciando orgullosamente nuestro más glorioso americanismo al mexicano ignorante. ¡Bueno! El periódico "Chicago Tribune" y el "New York World", etc., con la ayuda del Senador Edwards, de Nueva Jersey, y el

Senador Reed, de Missouri, y el apoyo del Presidente Butler de la Universidad de Columbia, nos aseguran que van a terminar los días de exilio y que la "Cantina Americana" no tendrá que permanecer por más tiempo llorando a un lado de las aguas de Babilonia, porque la "Taberna de Jimmie O'Brien" marchará de vuelta a su Patria.

¿Dónde me quedé? ¡Ah, sí! Nos reunimos en El Paso para celebrar una Conferencia: la Conferencia sobre Relaciones Mexicanas y Norteamericanas, bajo los auspicios del Consejo de Misiones del Interior. Las sesiones se llevaron a cabo en dos idiomas y con dos intérpretes, todos los discursos en inglés eran traducidos al español y los de español al inglés. Nos pudimos dar cuenta de que estos hermanos mexicanos se encontraban tan ansiosos de discutir y hablar como sus hermanos norteamericanos. Fue muy conveniente que la Conferencia tuviera lugar en El Paso, con sólo el Río Bravo dividiéndonos de México. El Dr. Poe, un prominente presbiteriano, nos informó que había 50,000 mexicanos en la ciudad, (un poco más de la mitad de los habitantes), y que al otro lado del río estaba Juárez con 25,000 más. El cincuenta y siete por ciento de los niños que asisten a las escuelas, corresponde a mexicanos; quinientos niños y niñas asisten a la nueva y magnífica escuela vocacional, y doscientos cincuenta a la escuela nocturna, donde hay clases de oficios, economía del hogar y de comercio. Nos aseguró que allí no existían prejuicios de raza; que durante los últimos tres años había habido clases en que se graduaron doscientos alumnos y, sin embargo, había sido un mexicano el encargado del discurso de salutación, y que el año pasado tanto el de salutación como el de despedida fueron hechos por mexicanos. ¡Qué no hay prejuicio de raza en El Paso! Así lo dijeron y nos apresuramos a creerlo. ¡De modo que aquí tenemos en El Paso el único lugar donde la superioridad anglo-sajona ha dejado de funcionar! Las amables damas de El Paso me aseguraron que se reunían en sus clubs con las mexicanas,

con quienes tomaban el té, y los caballeros me aseguraron que los mexicanos pertenecían a los Clubs Rotario, Kiwanis, etc. Al preguntarles: "¿Y qué me dicen acerca de los negros?", me contestaron: "¡Ese es otro asunto!" ¡Gracias a Dios, por los mexicanos!

Es un hecho interesante que cinco comisiones estuvieran trabajando por un año, estudiando lo siguiente:

1.- Relaciones Internacionales y de Inmigración. 2.- Condiciones Sociales y Económicas. 3.- Educación. 4.- Misiones de la Iglesia. 5.- Literatura Española. Los informes rendidos fueron voluminosos y reveladores, y constituyen una verdadera enciclopedia de estas intrincadas cuestiones. Tales informes se basaron en cientos de cuestionarios e investigaciones personales. Ya han quedado anotadas arriba las principales razones acerca de inmigración. Se encontró que en realidad sí se hace una gran distinción de raza por lo que toca a los mexicanos. Es bien sabido que el negro es un paria social a lo largo de la frontera, y es significativo que en El Centro, donde se necesita más al trabajador mexicano, se hallen segregados los niños mexicanos en el barrio oriental, en una escuela para negros y donde todo el profesorado es de raza de color. Se informó que tanto en los teatros como en los hoteles tienen la costumbre de establecer diferencias, y que hasta a un Cónsul del Gobierno mexicano se le rehusó dar servicio en Texas. Los niños mexicanos se ven excluidos, con frecuencia, de los parques de juego, y en la mayor parte de los lugares existen escuelas separadas que se dedican, exclusivamente, a los niños mexicanos. Esto último se debe a que muchos de los mejores educadores lo han solicitado, abogando razones pedagógicas, pues la educación de los niños mexicanos hasta ^{no} ahora ha sido constante debido a sus hábitos migratorios, y su presencia retardaría los progresos de las clases atendidas por niños norteamericanos. (No se dice que los niños mexicanos, cuando gozan

de iguales oportunidades, sean inferiores.) Existe la sospecha de que algunas actitudes favorables para los mexicanos no se deban a una consideración más elevada para ellos como humanos. El capataz de un despepitador de algodón dijo: "El mexicano es el más servil de todas las diversas clases de trabajadores que ocupamos," y conste que el despepitador estaba manejado casi por mexicanos. (Naturalmente que es bien sabido que la más grande oposición al negro de hoy en día consiste en que está dejando de ser servil y el japonés siempre ha rehusado serlo.) ¿Qué sucederá cuando el mexicano empiece a mejorar y a defenderse, y deje de ser un jornalero, demandando el derecho de poseer su hogar y cultivar su propia tierra? ¿Resultarán los tres o cuatrocientos mil mexicanos más aceptables que los noventa mil japoneses? El informe dice: "Ningún estudiante puede equivocar las fases sucesivas de este ciclo, ya que se han seguido una a la otra en relación con estos grupos de trabajadores extranjeros: la primera consiste en una vehemente bienvenida a todo trabajador dócil y barato; la segunda en un ligero desdén para el grupo racial que se segrega; la tercera en una enconada animadversión para los que logran escapar de esta condición económica y amenazan al grupo dominante; la cuarta en una propaganda organizada y decidida, que se basa en supuestas antipatías raciales y en rivalidades nacionales, para impedir las oportunidades iguales económicas al grupo extranjero. El grupo extranjero tiende a segregarse por sí solo como medio de defensa, y se le tolera mientras que se muestra pasivo y no hace competencia. No hay indicios de que la evolución del sentimiento público en los Estados Unidos para con los mexicanos, siga un curso diferente."

Sucedió que la Conferencia tuvo lugar inmediatamente después del envío de las notas a México por el Secretario Kellogg, las que contenían amenazas ligeramente veladas. Investigamos que todos los mexicanos sienten hondamente las humillaciones que han acompañado a "la invasión pací-

fica" de México por el capital extranjero, y cuando recordamos que las inversiones norteamericanas allí llegan, actualmente, a unos dos mil millones de dólares y abarcan cerca de sesenta y cinco millones de acres de terreno, y que millares de gentes de la clase humilde han perdido, por ese motivo, sus hogares, sus huertos y sus tierras de labrantío, no podemos extrañar que México experimente la necesidad imperiosa de repatriar a los que han sido despojados de esa manera.

Una de las causas más irritantes del mal entendimiento es la intrincada cuestión del vicio en la frontera. Tuve oportunidad de cruzar ésta tres veces: en Tijuana, Mexicali y Juárez, y mi espíritu de superioridad nórdica recibió una sacudida muy seria. En Tijuana hay una pista para carreras de caballos, de la que estén en plena posesión los apostadores profesionales, y también hay hileras de cantinas, una de las cuales tiene un mostrador de 300 pies de largo, que es el más grande del mundo; perteneciendo a norteamericanos la mayor parte de estos establecimientos. Además hay las casas de juego. Estuve en el Foreign Club (Club de Extranjeros), donde calculo que existen cincuenta mesas de juego y toda clase de juegos de azar, y todos pertenecientes a ciudadanos estadounidenses. Estas casas no se atienen al patrocinio de los mexicanos, sino al de los norteamericanos; la hermosa carretera de concreto de San Diego a Tijuana, que tiene dieciséis millas de largo, se ve atestada los sábados por la tarde y los domingos, y todos los que hacen el viaje toman su vida en sus manos. En Mexicali la diferencia está proporcionada solamente al número limitado de gente que tiene acceso allí del Valle Imperial. Juárez es fiel al pendón que flota sobre la población: el de la "Cantina de Jimmie O'Brien." Aquí, sin embargo, mientras que el hipódromo pertenece a norteamericanos, así como algunas de las

cantinas, las casas principales de juego, que son "El Tívoli" y "El Toreo", son manejadas por mexicanos. No deja de caberle a México su parte de culpa y de vergüenza, puesto que sus cofres se llenan con el dinero sórdido que procede de las licencias; y, sin embargo, muchos de los encuentros con norteamericanos solamente justifican la actitud asumida por un joven mexicano que nos impedía la entrada a la Iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, en Juárez. Rehusaba dejarnos penetrar y se disgustó mucho cuando tratamos de insistir. Como me pareció una buena oportunidad para crear buena voluntad, permanecí a su lado y, después de veinte minutos de una amistosa conversación, se nos invitó cordialmente a ver con toda libertad el templo; pero había mucha amargura en su alma, y me dijo: "Nosotros, los mexicanos, tratamos a ustedes, los norteamericanos, con cortesía cuando vienen a nuestro país; pero cuando vamos al de ustedes, frecuentemente, no se nos conceden los mismos privilegios. Me ha tocado ver a compatriotas suyos atravesar esta iglesia contoneándose y no sólo con los sombreros puestos, sino con cigarrillos en los labios, mientras que los fieles estaban en oración. Ustedes vienen a la República y se apoderan de nuestras tierras, vienen aquí y levantan sus casas de vicio para degradar a nuestro pueblo, y ustedes nos prohíben comer en sus hoteles, simplemente por el color de nuestra piel. Desde mediados de Septiembre (hace tres meses) que nuestra gente no cuenta aquí con guías espirituales, pues los sacerdotes se declararon en huelga en contra del Gobierno, y mañana que es el día más solemne de todos los del año en nuestra Iglesia, los fieles vendrán, orarán y seguirán su camino. Y, sin embargo, toda clase de esfuerzos están haciendo el Gobierno estadounidense y los católicos norteamericanos para poner trabas a nuestro Gobierno en su lucha por la libertad." Esto tal vez no es enteramente justo, pero sí se comprende. El in-

forme dice: "Los norteamericanos se hallan inclinados a conceptuar a los mexicanos por los criminales que atraviesan la frontera, huyendo de ser juzgados, y los mexicanos juzgan a los norteamericanos por los prófugos de la justicia que cruzan la línea divisoria para satisfacer sus apetitos." Debido a esta condición, la Conferencia adoptó la siguiente resolución:

"Nosotros, miembros de esta Conferencia nacional sobre relaciones mexicanas e hispano-americanas, nos hemos informado, con vergüenza, de las condiciones de vicio que existen a lo largo de la frontera mexicana, patrocinadas en alto grado por ciudadanos de los Estados Unidos. Muchas de las principales casas de juego y cantinas son manejadas y patrocinadas por norteamericanos, con lo que se da a los mexicanos una interpretación de la vida estadounidense, lo cual es una deshonra nacional. Si a los Estados Unidos se les considera como un país cristiano, entonces nuestra cristiandad se encuentra vergonzosamente traicionada por los ciudadanos del cristianismo. Deseamos asentar nuestra condenación más severa, tanto de los propietarios como de los clientes de estas instituciones, y asegurar a nuestros hermanos mexicanos que ellas no representan la vida moral y religiosa de nuestra nación; también desearíamos manifestar que los impuestos, provenientes de las licencias de estos vicios, no compensan, de ninguna manera, la influencia degenerada que ocasionan. En nombre de la moralidad, de la seguridad pública y del respeto internacional, hacemos una petición al Gobierno de los Estados Unidos para que entable negociaciones con el Gobierno de México para suprimir estas calamidades."

Parece que el Cristianismo Protestante tiene la oportunidad mejor de su historia. La Iglesia Católica ha probado ser desleal

y en muchos lugares, como en Juárez, ha abandonado a sus feligreses, declarando una huelga de sus sacerdotes; la historia de su explotación y avaricia en México está siendo conocida, por fin, hasta de los mexicanos. Se rumora que la Iglesia Católica y las agitaciones de los Caballeros de Colón se hallan detrás de los intereses petroleros para poner trabas al Gobierno actual en sus reformas. Nosotros no vaticinamos. Con demasiada frecuencia el Protestantismo ha declarado que la Iglesia Católica Apostólica Romana está perdiendo terreno; sin embargo, su dominio es todavía muy poderoso en ese país, donde gran parte de las desdichas de éste se deben a la Iglesia Católica. Con todo, si nuestra nación, que se llama a sí misma cristiana, hubiera obrado siempre de acuerdo con los verdaderos principios cristianos, y si los representantes de nuestra patria no hubieran traicionado tan a menudo nuestra libertad y nuestra fe, nuestras misiones protestantes tendrían la oportunidad más grande de que hasta ahora han gozado.

Aún así, nos detenemos para rendir tributo a la obra que se está llevando a cabo: El grupo de ministros y seglares mexicanos que se reunieron con nosotros consistió de hombres inteligentes, espléndidos y progresistas, cuyas palabras fueron todas optimistas. Nuestra propia labor es lenta, pero segura. A la "Conferencia" de la California del Sur se le asignó el Valle de Pomona, donde se encuentran numerosas misiones pertenecientes a congregaciones. La "Conferencia" está enfrentándose con una de las tareas más exigentes que se presentan a nuestra secta, y con el influjo, legal e ilegal, de mexicanos, tal tarea irá en aumento año por año. En El Paso existen dos iglesias que desempeñan una labor heroica; pues el señor Valencia, contando con edificios enteramente inadecuados, atiende a una gran congregación de mexicanos, y como es sabido es difícil hacer que el mexicano, amante por naturaleza de lo bello y de lo colorido, abandone la ornamentada Iglesia Católica por una

de paredes y bancas desnudas. El señor Hernández, sin embargo, en el extremo oriental de la ciudad, está trabajando lleno de esperanzas, pues en lugar de la pequeña Casa del Vecindario de la Asociación Misionera Norteamericana, se levanta un hermoso templo y hay un grupo decidido de jóvenes mexicanos para llevar adelante la labor. En todas partes se encuentran los que dicen que como el mexicano es inferior no es digno de las consideraciones que exigimos para nosotros y los nuestros; un antídoto completo para esta insensatez nórdica consistiría en hacer que los adeptos de Lothrop Stoddard asistieran con nosotros a la "Conferencia" y atendieran uno de los servicios a cargo de mexicanos protestantes para que vieran la inteligencia y devoción de los fieles. Los hombres siempre han tratado de establecer límites, fuera de los cuales no puede ir la humanidad, pero de una u otra manera los dioses de la esperanza y del progreso jamás han sido derrotados y la humanidad, aún a fuerza de sacrificios, ha mejorado, y mejorará al otro lado del Río Bravo, sin duda alguna, como lo ha hecho aquí. La levadura está en la masa.

LAS RELACIONES MEXICANAS - NORTEAMERICANAS

Decisión adoptada unánimemente por la Conferencia de El Paso.

Una Conferencia Nacional, reunida en El Paso, y relacionada con México y los hispano-americanos en los Estados Unidos, desea instar al Gobierno para que sus decisiones con México se desarrollen en una atmósfera de mútua simpatía y buena voluntad, y que todos los asuntos en disputa se traten con mucha paciencia y se resuelvan por medio de conferencias y discusiones.

"Una república hermana se halla ahora empeñada en una lucha por libertad no menos significativa y digna que la de nuestra propia revolución. De todas las naciones, deberíamos ser los primeros en ofrecer nuestra simpatía y los últimos en estorbarlos en sus esperanzas a esta hora. No creemos que un gran país obre de la mejor manera cuando considera los derechos de propiedad ante todo, pues Dios ordena en estos tiempos ayudar a la humanidad en su progreso y también fomentar, a toda costa, la buena voluntad internacional.

"Aconsejaríamos que aquellos que hayan hecho grandes inversiones en México investigaran los especiales peligros implicados, y que el Gobierno, cuyos ideales más elevados son la paz y la libertad, no debería comprometer esos ideales para hacer válidas las reclamaciones que tan arriesgadamente ha tomado a su cargo. Aconsejaríamos que nuestro Gobierno hiciera primero un estudio detallado de tales propiedades y concesiones, informándose cuándo se obtuvieron, por quien y bajo qué condiciones, y el costo de tales inversiones, y, además, indagara cuidadosamente si el pueblo mexicano se defraudaba con los actos de su propio Gobierno. Puede ser una petición rara desde el punto de vista comercial; pero no es demasiado pedir en interés de la humanidad y de la libertad nacional. Ningún gobierno tiene el derecho de enajenar la tierra

que pertenece a su pueblo, y ningún gobierno tiene derecho de ser cómplice de tal enajenación.

"El Gobierno norteamericano bien podía desembolsar el precio de compra de todas las inversiones hechas por sus nacionales, mejor que originar un conflicto internacional, por la única defensa de la propiedad. Hacemos un llamamiento a nuestras autoridades nacionales para que agoten todos los recursos con el fin de establecer una mutua buena voluntad. Creemos que no puede haber ninguna defensa moral para el uso de fuerza o para el rompimiento de relaciones diplomáticas en la situación actual. Aconsejamos a nuestro Gobierno que tenga una mira: el establecimiento y mantenimiento de relaciones amistosas con nuestra esforzada república hermana del sur."

(Traducción)

(The American Missionary,
Marzo de 1927)EL IDEALISMO MEXICANO,

por

George W. Hinman, D.D.

Un buen método para entender la vida de una nación es leer los anuncios que se encuentran en sus calles. Se puede defender mejor al Gobierno mexicano divulgando sus ideales que negando sus defectos. Es cierto que la cerveza parece ser el producto más anunciado de México, pues donde quiera se pueden ver grandes anuncios eléctricos y cartelones manifestando las cualidades superiores de una marca sobre otra; y las loterías se anuncian casi en igual escala. Los vendedores de billetes de lotería, en la ciudad de México, son más numerosos y más persistentes que los limpiabotas y obtienen mejores utilidades que los papeleros. Las grandes loterías cuentan con salones donde la gente se reúne a presenciar los sorteos que hay diariamente, mientras que los miembros de la Junta Directiva aparecen sentados en una plataforma, semejando zopilotes veracruzanos.

La bebida y el juego, sin embargo, no representan en realidad el idealismo del pueblo mexicano, sino que son más bien un sedativo para los cerebros que hasta ahora han estado encadenados y restringidos. Los comerciantes progresistas de la ciudad de México rehusan aceptar anuncios de loterías para su boletín semanal.

El que visita la Capital de la República se maravilla de que, en medio de tanta ignorancia y tanta miseria, haya un número excesivo de templos, que son tan grandes como suntuosos. Las iglesias se llenan de fieles, aunque la devoción de éstos es más bien misticismo que idealismo, y, muchas veces, idealismo del tipo más imperfecto. Por desgracia es cierto que se debe buscar fuera de los templos el espíritu fuerte y constructivo que está formando una nación de la gran población indígena y de las grandes masas que hasta ahora se han considerado sin

privilegios. Frecuentemente se oye hablar del "espíritu de la revolución," el cual lo empieza a entender cualquier observador simpatizador cuando lee los mensajes de propaganda que se publican en la prensa, que aparecen en los cartelones y en las hojas de las publicaciones gubernamentales. Esto nos recuerda los días de la Guerra Mundial, cuando no usabamos para fines comerciales todo el espacio destinado a anuncios, sino para apelar al pueblo por todos los medios posibles.

Es muy fácil desanimarse o tornarse escéptico acerca del futuro de México, aun no estando influenciado por la propiedad de acciones petroleras o bienes agrícolas, si se toma como base la diferencia entre los métodos culturales de la América Latina y los de la Nueva Inglaterra. Pero si camina uno diariamente por la Alameda de la Ciudad de México y mira la creación de un artista mexicano, la cual tiene por título "Malgre Tout", (A Pesar de Todo), y que representa una mujer encadenada a la tierra, por las muñecas y los tobillos, pero haciendo esfuerzos "a pesar de todo" para libertarse, se estimula la fe de uno en la sinceridad del idealismo mexicano. El escultor había perdido su brazo derecho, debido a una infección; no obstante esto, siguió con su arte y diseñó dicha estatua, que simboliza la actitud de su propia vida y la de su Patria.

Tanto la Secretaría de Educación como la de Agricultura y el Departamento de Salubridad Pública, en México, están enseñando a la gente, por medio de lemas idealistas, los métodos de una civilización nueva y mejor. La correspondencia que sale de las dependencias del Gobierno lleva como lema la frase que sirvió de grito de combate a Madero, al principio de la revolución: "Sufragio Efectivo, No Reelección." Las pinturas murales de Diego de Rivera, en el edificio de la Secretaría de Educación, reiteran la demanda de "Tierra y Libertad." Los limpios muros

a lo largo de la hermosa avenida que se encuentra entre la estatua de bronce de Carlos V y el Castillo de Chapultepec, hacen recordar a todos los que pasan que "la limpieza de una ciudad revela la cultura de sus habitantes."

El que trata de comprender los ideales que animan a los jefes de la revolución, no puede pasar por alto el hecho de que el Departamento de Salubridad Pública ocupa media página de los diarios para prevenir a la gente en contra de los peligros de las enfermedades venéreas, y reta la práctica casi universal de beber pulque, empleando una serie de carteles educativos que se distribuyen profusamente para hacer ver los grandes estragos que resultan con el uso de ese licor. Los rótulos que aparecen en las estaciones de ferrocarril, puestos por la Secretaría de Agricultura, hacen saber al pueblo que "El que ama un árbol, ama la vida", y que "Cuando usted planta un árbol, enriquece al país."

El Gobierno de México, que algunos suponen combate la religión, publica los Cuatro Evangelios, suministrando este libro a las bibliotecas de las escuelas públicas a un costo nominal. La Secretaría de Educación aconseja la lectura de dicho libro "como muy necesaria para una vida cristiana," y el lema de la Secretaría para sus inspiradoras publicaciones es: "Al que escucha hablará el espíritu." La obra de las "misiones culturales," que son pequeños grupos de expertos en educación que manda la Secretaría a los pueblos lejanos para dirigir institutos de maestros, así como el propósito del Presidente Calles, aceptado por la Secretaría de Educación, de abrir mil escuelas nuevas rurales cada año, indican algo de la sinceridad del idealismo mexicano en cuestión de cultura.

Es casi inevitable que los observadores casuales de un gran movimiento nacional noten especialmente sus crudezas y excesos y no descubran sus ideales básicos. Durante un siglo ha habido idealistas en México, esforzándose por dar libertad a las masas. México tiene

un Washington y un Lincoln en Hidalgo y Juárez. Cuando recordemos el lema de Lincoln: "Con malicia para nadie y caridad para todos," debemos asociarlo con el noble idealismo del indio Juárez, salvador de México, que dijo: "El respeto al derecho ajeno es la paz."

MENSAJEROS DE BUENA VOLUNTAD A LA REPUBLICA DE MEXICO.

El Secretario de la Asociación de Misioneros Americanos, George W. Hinman, la señorita Amy Blanche Greene, de la Hermandad para un Orden Social Cristiano, y el Reverendo Vicente Mendoza, editor de "El -- Mundo Cristiano" y Pastor de la Iglesia Evangélica más importante de -- la Ciudad de México, fueron designados en la Conferencia que tuvo lugar en El Paso, sobre la Situación Mexicana en el Suroeste, para llevar al Presidente Calles, de México, un saludo y darle a conocer el -- sentimiento de buena voluntad de los delegados a la Conferencia, así como la decisión a que se llegó en éste respecto al asunto de las relaciones mexico-americanas. Esta decisión, que aparece en otra parte de esta revista, ha sido circulada ampliamente por las agencias de prensa y comentada favorablemente por los diarios de las ciudades de la Costa del Pacífico.

A principios del mes de Enero, el Doctor Hinman y la señorita -- Greene estuvieron en la ciudad de México, y fueron recibidos, en unión de otros cuarenta visitantes norteamericanos, por el Presidente Calles, en el salón principal de recepciones del Palacio Nacional. Después de que el Secretario Herring leyó un discurso, el grupo fue invitado a pasar a un salón de recepciones más pequeño, donde el Presidente habló -- sin reservas, por espacio de una hora, contestando preguntas y discutiendo asuntos de índole internacional con franqueza, y, a veces, con mucha agudeza y sin formalidades ni recelos. El grupo recibió una bienvenida muy cordial y la entrevista se desarrolló de la manera más íntima y democrática.

A petición encarecida del Pastor señor Mendoza, se dió también a conocer en su Iglesia, el día 2 de Enero, el mensaje de buena voluntad y simpatía, a un gran número de fieles que se hallaban reunidos.

Hubo una reunión especial de los misioneros norteamericanos en la ciudad de México, en que se dió acogida a los mensajeros de buena voluntad, así como al punto de vista obtenido en la visita a México y presentado por el Secretario Herring, el Profesor Herbert A. Miller, de la Universidad del Estado de Ohio, y el Doctor Dan C. Brummitt, de la publicación "El Defensor Cristiano del Noroeste."
